

CORREO DE LA MODA.

ALBUM DE SEÑORITAS.

Periódico de Literatura, Educacion, Música, Teatros y Modas.

Los Artículos contenidos en este número son propiedad.

SUMARIO. Instrucción: Estudios Históricos, por don A. Pirala.—Poesía, por doña Dolores Cabrera y Heredia.—El Médico de los Pobres, por don G. Nuñez de Arce.—Variedades: La Antipatía, por don Emilio de Tamarit.—Revista Musical, por don Antonio Arnao.—Modas.—GRABADO: Pliego de Dibujos.

INSTRUCCION.

ESTUDIOS HISTÓRICOS.

SEGUNDA PARTE.

LUCRECIA.

REYES DE ROMA.—JUVENTUD DE LUCRECIA.—SUS VIRTUDES.—SU MUERTE.—SUS CONSECUENCIAS.



Rómulo sucedió en el gobierno de Roma Numa Pompilio, que reforma el calendario, es inspirado por la ninfa Egéria, y funda el templo de Jano, que solo se cerraba en tiempo de paz.

Tiene lugar algunos años después el renombrado combate de los Horacios y Curacios, cuyos campeones murieron, figurando también una mujer en este suceso, Camila. Suscítanse guerras, se suceden los reyes; el trono que deja vacante Tarquino el viejo, que muere asesinado, le ocupa Servio Tulio, que introduce el uso del dinero; y asesinado también por Tarquino, su yerno, tiraniza éste á sus súbditos, que le llaman el Soberbio, y él por el crimen de su hijo es el último de los reyes de Roma, siendo la causa Lucrecia, cuya virtud ensalzó á esta romana y la dió la celebridad de que disfruta, muy al contrario de otra mujer de su nombre, que debió su triste fama á la falta de sus virtudes, que no produjeron como

la existencia de estas y el respeto al honor, esas grandes y generosas acciones que embargan el ánimo de admiración y respeto, y que rodean el nombre de la aureola del mérito, de la verdadera y gloriosa fama.

Y no solo debió Lucrecia á tan envidiables dotes su gloria, aunque á costa de su vida, sino que Roma le debió su libertad, y lo que no hubieran conseguido quizá millares de conjurados, lo consiguió esta mujer, hija de un ilustre romano, que floreció mas de cinco siglos antes de Jesucristo.

Y como si la mujer debiera figurar siempre en la historia de todo el mundo, vimos á Rhea haciendo su papel en la fundación de Roma, y vemos ahora á Lucrecia siendo la causa de la extinción de la monarquía y del establecimiento de la república.

Al sitiarse los romanos la ciudad de Ardea, acostumbraban los jefes del ejército pasar reunidos en una tienda los ratos de ocio, y entre las conversaciones que promovieron al comer un día en la tienda de Sisto Tarquino, hijo del Rey, se trató de las buenas y malas cualidades de las señoras romanas, ensalzando cada cual las virtudes de la suya.

Colatino, que siendo pariente de Tarquino, era esposo de Lucrecia, dijo para terminar la contienda:

—Somos jóvenes: montemos á caballo, y hagámoslas una visita repentina: no siendo esperados, podremos conocer lo que vale cada una.

Aprobado el pensamiento se puso inmediatamente en ejecución. Los mas distinguidos oficiales se encaminaron á Roma, donde entraron sin ser conocidos, y hallaron á sus mujeres entretenidas en fiestas y diversiones. Acudieron luego adonde residía Lucrecia, y la vieron sola con sus esclavas, ocupadas todas en diferentes labores.

Era la única que ejercía en tan alto grado sus deberes, que practicaba una de las virtudes que mas ensalzan á la mujer; así que unánimemente se la concedió la supremacía, y Lucrecia gozó de su merecido triunfo con una modestia que le realzaba, porque nada en efecto resalta mas el mérito que la modestia, porque en él se vé mas de lo que existe.

Envidiada y celebrada de todos la virtuosa Lucrecia, quedó apasionado de ella Sisto Tarquino, y pagando ingrato los servicios que su esposo y pariente pagaba á la patria y á su padre, por salvar un trono que habia de heredar, no pensó mas que en Lucrecia, ante cuya virtud se estrellaban sus promesas y esfuerzos, no pudiendo estrellarse sus villanías.

Entonces escribe Lucrecia á su esposo anunciándole que habia sucedido una gran desgracia á toda la familia. Se reunen todos, y dice en su presencia anegada en llanto:

—¿Qué ventura puede conservar una mujer que ha perdido el honor?... Pero mi corazón está inocente, mi alma pura, mi muerte será una prueba de ello. Juradme que el infame no quedará impune.... Vosotros vereis el castigo que merece; yo, aunque libre de culpa, no quiero esceptuarme de la pena: *ninguna mujer quedará autorizada con el ejemplo de Lucrecia para sobrevivir á su deshonor.*

En el acto hundió un puñal en su pecho, sin que pudieran evitarlo cuantos la rodeaban, que no hallaban justificada tan terrible resolución.

Muerta, parecía rodeada de una aureola celestial: conmovió á todos aquel mártir del honor, y hoy tambien nos conmueve el verla retratada en aquella actitud, y teñido de sangre su nevado seno.

De él sacó Bruto el puñal ensangrentado, y entendiendo el brazo juró vengar á aquella víctima de la virtud: repitieron todos su juramento, y el cuerpo de Lucrecia fué llevado á la plaza de Collacia.

Grande fué la indignación que causó tal hecho, y los romanos tomaron como suya una ofensa inferida á la mas virtuosa de las mujeres.

Empuña las armas la juventud, dirígela Bruto, va á la ciudad, sube á la tribuna, cuenta el suceso, y el pueblo indignado decreta la deposición de Tarquino, y arroja del trono aquella familia indigna de ocuparle. Destruye la monarquía, proclama la república, y elige por primeros cónsules á Lucio Junio Bruto y á Colatino, esposo de la infortunada Lucrecia.

No pudieron ser mas notables las consecuencias de tan singular hecho, que á tan grandes reflexiones dá lugar. ¡Cuánto valer ha tenido siempre el honor y la virtud! ¡Qué importa la corrupción de un

pueblo, si hay mujeres todavía con el valor suficiente para inmolarse en defensa de lo que otros escarnecen!

Sin atender Lucrecia mas que á sus domésticos cuidados, sin haber aprendido mas que el cumplimiento de su deber, tiene en el corazón ese heroísmo que dá la virtud, el mismo que daba la fé á nuestros santos mártires, el que prefiere los tormentos y la muerte á la deshonra.

Lo repetirémos cien veces; enséñese á las jóvenes la severa práctica de la virtud, y se les enseñará á ser fuertes, porque en ella está la fortaleza, en ella el heroísmo, y en ella la fama, la gloria de la mujer. El respeto, el cariño, la admiración en vida: un recuerdo célebre y eterno en la muerte.

A. PIRALA.

LITERATURA.

A la sublime artista ADELAIDA RISTORI.

¿Quién dió á tu voz, de mágica dulzura,
Que al alma llega, y el oído halaga
Los acentos de amor y de ternura,
De inquieto afán, y de tristeza vaga;
Los gritos de furor y de locura,
Que hacen á un pueblo, á quien tu génio embriaga,
Cediendo solo á su invencible encanto
Llorar de pena, estremecer de espanto?

El que dió blando ruido á la corriente
Que pasa murmurando entre las flores;
Su gemido á la tórtola doliente
Que lamenta perdidos sus amores;
Eco al bosque, armonías al ambiente,
Cantos á los pintados ruiseñores;
El que hace hervir del mar, el hondo seno,
Rugir el huracán, bramar el trueno.

Si; la mano divina, omnipotente,
Que el orbe rige, el éter arrebola,
Quiso ceñir tu inmaculada frente,
Del génio con la espléndida aureola.
En la esfera del arte refulgente
Sin rival, como el sol, brillas tú sola,
Y aunque tu clara luz inunde el suelo
Sabemos que su foco está en el cielo.

Silenciosos y absortos te escuchamos
 Temblando de emoción y sentimiento,
 Y en tí nuevas bellezas encontramos
 En cada aptitud *nueva*, en cada acento.
 Con lágrimas y aplausos tributamos.
 El debido homenaje, á tu talento.....
 ¿Qué frases puede haber que valgan tanto,
 Ni que espresen mejor, que espresa el llanto?

Al vívido fulgor de tu mirada,
 Al eco de tu voz, cuando lo ordena,
 Se alzan las sombras de la edad pasada
 Cuya memoria el universo llena,
 Y desde el fondo de la tumba helada
 Palpitantes arrojas á la escena,
 Y allí, al frío cadáver sin aliento,
 Le das vida, calor y movimiento.

Y cual evocas hoy á nuestra vista
 Los héroes de otra edad, de otras regiones,
 A nuestro siglo actual, frío, egoísta,
 Despiertas con sublimes sensaciones:
 A tí debe creaciones el artista,
 El laúd del poeta inspiraciones;
 Tú representas, musa de la historia,
 La poesía, la virtud, la gloria.

Eres la *inspiración*, el *sentimiento*
 Que hace vibrar las fibras delicadas
 Que en el fondo del alma al sufrimiento
 Y á la ternura, están siempre templadas;
 Todos *comprenden*, tu armonioso acento,
 Que el aura lleva á zonas apartadas,
 Porque es; hermosa actriz, génio fecundo!
 ¡Tu cuna Italia, mas tu patria el mundo!

DOLORÉS CABRERA Y HEREDIA DE MIRANDA.

Valencia, 27 de Octubre de 1857.



EL MÉDICO DE LOS POBRES.

En una tarde del mes de Noviembre, en que el aire estrellaba furiosamente contra los cristales de las ventanas y balcones la lluvia que caía á torrentes, el doctor Elguera, médico que gozaba de mucho crédito en Madrid, amándole sus enfermos, estimándole por las prendas de carácter sus amigos, y mirándole como á un bienhechor los pobres, á quienes consagraba la mayor parte de su tiempo, de vuelta de su cotidiana visita, saboreaba tranquilamente en el seno de su familia los placeres del hogar doméstico. Pero apenas habia disfrutado un momento de descanso, cuando un criado vino á anunciarle que una mujer deseaba hablar con él.

—Que pase en seguida, exclamó el doctor suspirando, porque predecía que venían á buscarle y á turbar el sosiego que tanto necesitaba.

Una vieja, flaca, desgredada y haraposa, apareció pocos momentos después, guiada por el criado.

—Una mujer desea ver á Vd. inmediatamente, dijo la recién venida haciendo una ridícula reverencia, y poniendo en manos del doctor un pedazo de papel arrugado, en el cual estaban escritas con letras gordas y mal trazadas las siguientes señas: *señora de Pozo, calle del Tribulete, número... buhardilla.*

—¿Quién es esta señora? preguntó Elguera.

—No sé, respondió la vieja, lo que puedo decir á Vd. es que la queda poco tiempo de vida.

—¿Crée Vd. verdaderamente que esté tan enferma? exclamó con interés la esposa de Elguera que, oyendo caer la lluvia con violencia, deseaba evitar la salida de su marido. ¿Piensa Vd. que sea necesaria esta misma tarde la visita del médico?...

—El señor Elguera hará lo que mejor le parezca, dijo la vieja ásperamente, yo he cumplido mi comisión.

—Bien, ya la sigo á Vd., añadió vivamente el médico, herido por la inhumanidad de la vieja. Vaya Vd. delante é indíqueme el camino.

Y los dos partieron.

Caminaron algun tiempo en silencio, cruzando calles y callejuelas, hasta que por fin la vieja penetró en una estrecha é infecta, y se detuvo á la puerta de una casa de la mas triste apariencia.

Después de haber subido los resvaladizos peldaños de una escalera alta y empinada, el doctor Elguera entró en una habitación miserable, alumbrada ya, porque la noche habia cerrado, con una nauseabunda vela de sebo, que esparcía sobre los rotos y desvencijados muebles un pálido resplandor.

—Aquí está la enferma, dijo la vieja señalando un

lecho casi escondido entre las sombras. Haga Vd. por que de una ó de otra manera se acabe la fiesta, y pronto, pues no podrá pagarle á Vd. como no paga á nadie. Yo no sé cómo ha tenido valor para ponerse mala.

Y la vieja salió del cuarto murmurando palabras tan amenazadoras como poco caritativas.

Apenas se cerró la puerta, el doctor tomó la luz y se aproximó á la cama. Descansaba en el lecho una mujer, cuyos cabellos rubios y destrenzados, la envolvían el rostro que ella además cubría con sus manos, como avergonzada.

—Qué siente Vd? la preguntó con dulzura, pretendiendo separar una de sus manos que la enferma crispaba como resistiéndose. Yo soy el médico á quien Vd. ha llamado. ¿No quiere Vd. verme? ¿Me tiene Vd. miedo? Vamos, señora, descubra Vd. la cara.

—Ay! suspiró la enferma, separando por fin las manos y los cabellos, y enseñando un rostro joven y hermoso todavía, aunque mortalmente descarnado y pálido; temo oír de los labios de Vd. las quejas que hace tanto tiempo merezco....

—Luisa! gritó con admiración Elguera, ¿es posible? Me parece estar soñando!

La enferma lanzó un suspiro y cayó desvanecida sobre la almohada.

—Por Dios, señorita, añadió el doctor, tenga Vd. valor! Vd. es desgraciada, pero aun conserva amigos que la quieren. ¿No me cuenta Vd. entre ellos? dígame Vd. lo que siente, y ya buscaremos remedio.

—Yo siento aquí, respondió la pobre joven, llevándose la mano al corazón con desesperada energía. Ah! madre mía! madre mía! y cómo ha castigado el cielo mi ingrata desobediencia!

—¿La madre de Vd. ignora su enfermedad? preguntó tímidamente el doctor.

—Mi madre, respondió la joven, lo sabe todo porque está en el cielo; y sus ojos al pronunciar estas palabras se llenaron de lágrimas.—Tal vez me haya perdonado, añadió después, ¿por qué he sufrido tanto!

—Vd. no puede estar por mas tiempo aquí, exclamó Elguera estrechando entre las suyas la mano seca y calenturienta que la enferma le habia estendido, y evitando responder á los para él incomprensibles lamentos de la desventurada joven.—Voy á hacer que la trasladen á Vd. á mi casa, cerca de mi Antonia, de la amiga de Vd.... ¡Supongo que no la habrá Vd. olvidado, señorita!

—Ay! exclamó la enferma llorando. Ya no merezco este nombre. Llámeme Vd. la desgraciada viuda de D. Andrés del Pozo!

—¿De D. Andrés del Pozo! dijo el doctor retrocediendo sorprendido. ¿Vd., Luisa? Oh, no! esto es imposible!

—Ninguna desventura es imposible para una hija

desobediente, repuso Luisa con una voz interrumpida por los sollozos. Mi buena, mi santa madre me habia predicho los crueles dolores que me esperaban, y yo desprecié sus consejos. La obligué, apoyándome en la ley, á que consintiera en mi fatal enlace; pero el cielo es justo y me ha castigado harto merecidamente.

Mientras que el doctor Elguera da las órdenes necesarias para que la enferma sea conducida á su casa, después de haber pagado á la vieja y áspera huéspeda la suma que Luisa la era en deber, vamos á retroceder algunos años en nuestra relación, para mayor inteligencia de esta historia.

En la provincia de Segovia, próxima á la corte, y en un pueblo que, esceptuando los sitios reales, es acaso el mas pintoresco de toda aquella comarca, vivían dos familias que se profesaban mutuamente un cariño sincero. La señora de Perez y la de Alvarez eran viudas; pero el cielo habia concedido á cada cual una hija, para que calmase su inquietud é hiciese mas llevadera su soledad. Luisa y Antonia se querían como dos hermanas, sin rivalidad y sin envidia.

Antonia, era una niña grave y seria, á pesar de sus cortos años, de ojos negros y cabellos abundantes y sedosos, que se hacia amar de todos por la bondad esquisita de su corazón.

Luisa era menos simpática, y no porque fuese menos afectuosa que su amiga, sino porque tenia algunos defectos, hijos si se quiere de sus buenas cualidades, pero que á pesar de esto, la favorecían poco. Al ver sus ojos azules, puros y serenos como el cielo en un día de invierno; su boca encarnada, en la cual vagaba siempre una encantadora sonrisa, cualquiera la hubiera creído un ángel. Ay! pero este ángel estaba tan mal educado: la excesiva ternura de su madre, habia hecho que germinasen en su corazón faltas funestas que se desarrollaban de día en día.

Luisa era terca y obstinada; ni los consejos, ni las caricias, ni los ruegos ni las amenazas, podían hacerla retroceder en su camino, tomada una determinación. Fuera de esto, habia una semejanza muy grande entre las dos amigas; solo en una cosa se diferenciaban: en la fortuna.

La madre de Antonia, la señora de Perez, era pobre, mientras la de Luisa habia heredado, con la muerte de su esposo, una mas que mediana renta. La señora de Perez apenas tenia lo suficiente para vivir en el pueblo con su buena y querida hija, en tanto que la señora de Alvarez de nada carecía de cuanto puede hacer agradable la existencia.

Esta diferencia de posición era acaso el origen de la diferencia de carácter que se notaba entre las dos jóvenes; diferencia de que no se resintieron nunca Antonia ni su madre, porque Luisa las quería con una ternura poco comun.

—No seas así, la decía algunas veces la señora de Perez, que miraba á Luisa como á su segunda hija; sigue las lecciones de tu madre; no seas aturdida ni voluntariosa, porque en el mundo hasta los menores defectos encuentran su castigo.

Estos cariñosos consejos la hacían ruborizar de ira; mas para no demostrar su mal humor, abrazaba á la madre de Antonia que se los daba, y corría al jardín en busca de su amiga.

Dulce y alegremente corría la vida para las dos dichosas niñas, cuando una desgracia espantosa vino á herir á una de ellas. La señora de Perez cayó peligrosamente enferma.

La de Alvarez, viendo los progresos que hacía el mal, escribió á Elguera, uno de sus mejores amigos, y que ya gozaba de merecida fama en la corte, para que viniese en seguida. Cuando llegó el médico ya era tarde, pues solo pudo presenciar la muerte de la enferma, que exhaló el último suspiro en los brazos de su desconsolada hija.

¡La desesperacion de Antonia fué terrible! Perdiendo á su madre había perdido todo cuanto poseía en el mundo, y era inútil que la señora de Alvarez se empeñase en llenar el puesto que la muerte había dejado vacío. La pobre jóven estaba inconsolable.

El doctor Elguera tuvo lástima de este dolor tan cruelmente sentido; se acercó á la pobre huérfana y lloró con ella; y cuando llegó á conocerla mejor, cuando pudo apreciar las buenas cualidades que adornaban su corazon, comprendió que su felicidad estaba en asegurar la suerte de la virtuosa Antonia.

La señora de Alvarez aprobó su pensamiento, y al año de la muerte de su madre, Antonia dió su corazon y su mano al bueno y honrado médico, siendo de casada lo que había sido de soltera: el consuelo y la alegría de su hogar doméstico.

Después del matrimonio de Antonia, la señora de Alvarez pensó en establecer á su hija, y entre varios partidos que se presentaron fijóse en un jóven ingeniero, de buena familia y rico, creyendo que este enlace haría la ventura de Luisa. Ésta parecía dispuesta á satisfacer los deseos de su madre, pero ¡ay! un incidente, fútil en la apariencia, vino á destruir por completo esta esperanza, y á torcer el porvenir de la juventud.

Uno de los principales propietarios de aquella comarca, convidó á la señora de Alvarez y á su hija á una gira campestre, que había dispuesto en honor de uno de sus amigos, recién llegado de Madrid, donde ejercía la profesion de abogado. Luisa fué el ornamento de la fiesta, viéndose festejada por todos, y rodeada de aduladores. Ocupaba entre todos el primer lugar, el jóven abogado de la corte, que se llamaba D. Andrés del Pozo, y que informado de la fortuna de Luisa, había resuelto á toda costa casarse con ella.

Preciso es confesar que atraía hácia sí las miradas de todas las jóvenes que asistían á la fiesta; era jóven, hermoso, elegante, y su porte distinguido. Con estas prendas tardó muy poco en llamar la atención de la coqueta y vanidosa Luisa, y el pobre ingeniero fué completamente oscurecido por el diestro abogado. Tan grande fué la impresion que éste produjo en el ánimo de la jóven, que declaró formalmente á su madre estar resuelta á casarse con él, sin tener en cuenta para nada los compromisos que mediaban con el ingeniero, el cual había ya solicitado su mano.

(Se continuará.)

G. NUÑEZ DE ARCE.

VARIETADES.

LA ANTIPATÍA.

Este sentimiento que nace en cada hombre con distinta forma, se dice que es «la contrariedad de dos personas ó cosas que se rechazan mutuamente» por la diferencia de cualidades, á pesar de que la antipatía puede ser tambien de un sugeto para con otro, sin que este otro la tenga para con él primero; pero esta definicion que podrá ser muy propia para llenar el hueco de un diccionario, nada dice que satisfaga mi deseo de saber en qué consiste la antipatía.

En mi concepto, este sentimiento es producido por una repulsion magnética imposible de describir físicamente, y habiéndolo manifestado así á varios hombres científicos, aceptaron esta idea como exacta.

Es innegable que sentimos la repulsion antipática de un modo instantáneo que en casos dados afecta á nuestro sér visiblemente; al entrar en una habitacion en que haya varias personas que no conocemos, en el paseo, en la calle, en todas partes, vemos individuos que á primera vista nos repugnan; quisiéramos huir de ellos, y solo por necesidad ú obligacion nos llegamos á hablarles.

En los niños, á quienes falta la reflexion para doblegarse á la necesidad de hacer lo que les repugna, vemos demostrado esto mismo á cada paso, llegando á llorar de terror, si se les fuerza á quedar ó reunirse con personas que les sean antipáticas.

En general cuando en la primera impresion concebimos antipatía hácia un sugeto, rara vez cambiamos de parecer, antes al contrario, suele robustecerse nuestro juicio, descubriendo cualidades en aque-

lla persona que están en abierta contradicción con nuestras ideas é instintos.

También antipatizamos con ciertos seres irracionales y cosas inanimadas, y si bien algunos fisiólogos suponen que esta repulsión es una monomanía, puede asegurarse con mas razón, que es la antipatía llevada al último extremo, por la desagradable impresión que tal ó cual objeto produce en nuestros sentidos, y estos, por mas que quiera asegurarse lo contrario, nunca nos engañan.

Digo que no nos engañan, « porque siempre es cierto que sentimos lo que sentimos, » y si algunas veces las sensaciones hacen que incurramos en errores, es el juicio que nos place juntar á ellas respecto á las causas productivas de estas mismas sensaciones, de las relaciones que entre sí tienen, ó de la naturaleza de los objetos que nos hacen percibir la causa del error; luego no es la sensación la que engaña, sino el juicio que de ella formamos, y este puede ser erróneo sin ser vicioso; es decir, que podemos hasta adquirir el hábito de equivocarnos al percibir una misma sensación, sin que por eso seamos monomaniacos.

La historia nos ofrece mil ejemplos de esta clase: Enrique III hubiera consentido perder su corona, antes que encerrarse en una habitación con un gato.

El duque de Epemon, se estremecía si le presentaban una liebre viva.

El mariscal d' Albret, era tanto lo que le repugnaba el ver un tostoncillo, que llegaba á enfermar viéndolo comer.

Wladislao, rey de Polonia, tenia horror á las manzanas.

El olor del pescado hacia enfermar á Erasmo.

Scaligero, se ponía á temblar al ver un puñado de berros.

Ticobrae, no podia aguantar la vista de un zorro.

Bacon, llegaba á perder el sentido mirando un eclipse de luna.

El famoso Bayle, lloraba oyendo el ruido que hace el agua encañada.

Lamothe, se enfurecía al són de cualquier instrumento.

La reina Amalia, temblaba al ver un perro.

Cierta marquesa se desmayaba al ver una rosa, y hubo un guerrero que perdía hasta el uso de la palabra al ver una araña.

Otra infinidad de casos podría citar no menos célebres, pero que nada prueban en favor de la demencia, y si son una prueba irrecusable de que la antipatía no es mas que la impresión desagradable que producen ciertos objetos en nuestros sentidos, ó bien la repulsión magnética que sufrimos si se refiere á seres animados.

EMILIO DE TAMARIT.

REVISTA MUSICAL.

TEATRO REAL: *I Puritani*, ópera en tres actos.—
Primera salida de la señora PAREPPA.

Segun todos saben, no es cosa muy frecuente ver en la escena, tanto dramática como lírica, obras de mérito verdadero. El mayor número de las que se representan lo tiene relativo solamente; ó bien en cuanto á los artistas encargados de su ejecución, ó bien en cuanto á las exigencias del gusto, sujeto también por desgracia á las prescripciones de la moda. Por lo que hace á creaciones que reunan en sí el doble timbre del génio y del arte, son tan contadas en el inmenso cúmulo de las producciones de la inteligencia humana, que justo y muy justo es batir palmas cuando se ofrece ocasión de saborear alguna de las que hombres privilegiados legan al mundo con el patrimonio de la inmortalidad.

Hoy tengo que hablaros de una solemnidad musical. Y no digo solemnidad ni por la ocasión, ni por el aparato, ni por un desempeño que nada deje que apetecer. Solo me valgo de tal calificación, porque en el teatro REAL, entregado hace tiempo á las ruidosas composiciones de Verdi, han tenido el feliz pensamiento de hacer aparecer en las tablas la sombra (nada mas que la sombra) del inmortal Bellini, ejecutando la sublime partitura de *I Puritani*.

¿No recordais la encantadora poesía que respiran todos los pasajes de este poema musical? ¿No viene á vuestra imaginación, en las horas de recogimiento y melancolía, la imagen de aquella apasionada Elvira, primero amante dichosa, luego prometida abandonada, feliz esposa por último cuando el infortunio se cansó de perseguirla? ¿No habeis soñado nunca con la memoria del noble Arturo, modelo de enamorados, espejo de caballeros? ¿No veis en vuestra fantasía aquel feudal castillo, lleno de hermosas damas y de rudos soldados puritanos, en el cual desfallece olvidada la augusta reina, viuda del desventurado Carlos I.º?

Pero no he de relataros el argumento de *I Puritani*, que harto lo conoceis. Popular, y justamente popular en Europa, esta insigne creación tiene el privilegio de encarnar su recuerdo en el alma del que una vez la ha escuchado. Compuesta por el Rafael de la música, pocos meses antes de su muerte, parece haber dejado en ella una inscripción para su lápida mortuoria que no pueda borrar la inclemencia de los siglos.

Colmado de aplausos en Italia por sus óperas anteriores, necesitó Bellini ir al centro de la civiliza-

ción y emporio de la belleza, á París, para recibir el óleo de la consagración artística, que asegurase á su nombre fama imperecedera. Allí, aleccionado con esperiencias dramáticas que dieron á su mente profundas enseñanzas, abandonó en cierta parte la sencillez primitiva de sus obras, y prodigó en su última producción, aparte de la melodía ingénita en él, la riqueza de armonía, la variedad de afectos, y sobre todo el espíritu moderno, única levadura no fermentada aun en su génio poderoso. En esto no hizo mas que seguir las huellas del autor del *Guillermo Tell*, que necesitó tambien ir á la misma capital á demostrar que su talento era cosmopolita.

La obra de que ahora os hablo es, como sabeis, un prodigio de gusto y de belleza. Empapado Bellini en la novela de Walter Scott que le sirvió de origen, dió á su creación el tono caballeresco y distinguido de la del gran poeta escocés. Desde la admirable introducción, tan varia en efectos, hasta el agradable final en que se repiten motivos fundamentales de la ópera, todo es una sucesión de ideas felices; un raudal de inspiración y melodía. ¿Pero á qué profanarla con mi análisis? Os hablaré de cómo se ha cantado, y de paso mencionaré algunos de los trozos mas bellos, entre los muchos en que abunda.

De dos modos puede considerarse la ejecución última de *I Puritani* en el teatro REAL: ó con relación al acierto exigido intrínsecamente por la música de Bellini, ó con relación al modo con que por regla general estamos acostumbrados á oírla ejecutar. En el primer caso no hay duda de que el desempeño fué desigual y bastante inferior á lo que aquella requiere; pues aunque las partes principales salieron airoas en pasajes aislados, no así en el conjunto, en el carácter sintético del poema donde dejaron que desear. En el segundo caso, el juicio que del desempeño se forma es mas agradable; y la prueba es que ha merecido no pocos justos aplausos; siendo así que los artistas actuales han tenido que luchar con la memoria de otros de primer orden que no há muchos años cantaron maravillosamente esta partitura ante el mismo público de Madrid. En cualquiera de ambos casos que se considere la ejecución, no se cuenta con la orquesta, ni con los coros: ambos han ido muy desacertados.

Particularizando mas aquella, os hablaré ante todo de la señora PAREPPA, prima donna que ha hecho su primera salida en tan deliciosa ópera. Empiezo, pues, aplaudiéndola por el gusto que manifiesta tener con haber elegido para ocasión tan solemne una composición de Bellini, que á no ser la *Sonnámbula*, estaba indicada á todas luces. Para mí contaba esta artista con un buen precedente antes de oírla; pues tenía entendido que Ronconi dice que es una buena cantante. En efecto, el público, el que no se apla-

ce en los gritos, justificó esta opinión. La señora Pareppa reúne dos cualidades muy apreciables: su voz y su estilo. La voz es un *soprano* que, aunque de poco cuerpo, tiene mucha extensión; timbre sonoro, puro y simpático. El estilo es correcto, de escuela exenta de transiciones violentas y exageradas, y adornado de notable facilidad. Adolece sin embargo de falta de calor y expresión dramática, no tanto considerado en sí mismo sino con relación al extremo á que ha llegado en nuestros días esta parte del canto escénico.

Conmovida como era natural en su primera salida ante este público, no obtuvo fallo favorable hasta que recobró la voz con la serenidad. Esto fué en en la preciosa *polaca* tan conocida: *Son vergin vez-zosa in vesta di sposa*, que cantó con agilidad y buen gusto, conquistándole el primer nutrido aplauso de los oyentes. En esta difícil pieza, y en el apasionado *allegro* del acto segundo que comienza con aquella hermosa frase: *Vien, diletto, é in ciel la Luna*, demostró la señora Pareppa que es una artista de mérito nada vulgar; acreedora á la consideración del público. Creo que la merecerá por completo, si bien por lo que se ve tiene en su contra el no pertenecer á la malhadada escuela de cantantes que han suscitado las óperas de Verdi, monopolizadoras del gusto y de la opinión.

El tenor Naudin fué tambien aplaudido en algunos pasajes que cantó bien, aunque en sentir de muchos con demasiada expresión, que es el defecto de su canto, algo francés en la manera. Dijo muy bien el *largo* del acto primero *A te, ó cara, amor talora*; y la conocida balada del tercero *A una fonte affitto e solo*.

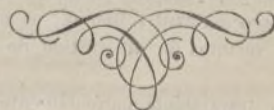
El señor Echavarría cantó con maestría el *andante* del segundo *Cinta di rose e col bel crin disciolto*, y lo demas muy regularmente.

El señor Badiali, aunque algo á la antigua, ejecutó con aplomo y delicadeza el *andante* del ária del acto primero *Ah! per sempre io ti perdei* y el *allegro* de la misma *Bel sogno beato*.

La mise en scene fué deplorable.

Para concluir diré que la orquesta y los coros como siempre. Ya habrá ocasión de determe en este punto con la calma necesaria.

ANTONIO ARNAO



MODAS.

Las últimas flores de Otoño van desapareciendo, holladas por la helada planta del Invierno, que aunque inaugura su reinado con una suave temperatura, con todo nos va mostrando ya su adusta faz. Pero las flores no mueren hoy día para el adorno de la belleza: si desaparecen las naturales, el arte las reproduce con todos sus colores, con toda su frescura, y si les falta el aroma, le reciben mas delicioso de la hermosa cabeza en que se ostentan ufanas.

Las flores tambien están sujetas al capricho de la Moda: las flores privilegiadas del jardín, las delicadas de la estufa han sido destronadas por las flores modestas y desconocidas de las montañas: aquellas eran muy coquetas y orgullosas, estas tienen el prestigio de la novedad y la frescura de su naturaleza silvestre. ¡Qué no os asuste este dictado, carísimas lectoras! Estas flores de la sierra son como una niña provinciana, cuyas maneras se resienten de su inesperienza: ponédlas en contacto con la elegancia, y ella hará carrera. Además estas flores al hacer su entrada en los salones os recuerdan vuestras alegres escursiones por el Pirineo, y se avienen á las mil maravillas con el ligero traje de baile: acostumbradas á vivir entre el musgo y el follaje, entre la niebla que se levanta del río, se encuentran como en su casa entre los rizados de tul y los bullones de la gasa y la tarlatana.

Los salones encienden ya sus primeras bugías y abren ancho campo á vuestras conquistas, bellísimas lectoras; preparaos á hacer vuestra entrada triunfal: esas humildes florecillas harán mas gracioso vuestro tocado, y realzarán la sencillez de vuestro vestido, á condicion de que ricos brazaletes adornen vuestro blanco y torneado brazo.

Entretanto podeis recorrer los almacenes, y veis en ellos lindos y elegantes trajes de calle: los de reps de lana, de casimir de Georgia, de poplin rayado, son de poco valor por la tela, pero los adornos y la mano hábil de la modista, les dan en gracia lo que les falta en riqueza. A su lado la coleccion de los de selería, tan magnífica y variada, hará dudosa vuestra eleccion poniendo á prueba vuestro buen gusto.

El género escocés continúa dominando, especialmente en estos trajes de calle y paseo: un adorno de cinta ancha escocesa azul y blanca, es muy distinguido en los volantes de un vestido de seda color marron.

Sobre este traje sienta perfectamente un abrigo de terciopelo, á los que por su forma larga principia á darse el nombre de *Capa* (*Manteau*), aunque le

conviene mejor el de *Sobretudo*. Su largo por delante cubre hasta la mitad del segundo volante del vestido, por detrás viene á tener diez centímetros mas. Este abrigo es alto y cerrado por delante, en donde su adorno consiste en una tira del mismo terciopelo, lisa en la orilla y formando ondas muy anchas en la parte que cae sobre el abrigo, guarnecidas estas de una franja de guipure, y un boton colocado en el centro de cada una: en el medio de la tira va puesto liso un ancho entredos de guipure, que tambien guarnece el bajo, en donde termina con un largo fleco de torcidillo. De estos adornos de los lados nace otro que sube sobre los hombros, formando berta por detrás, con punta redonda: su adorno es el mismo de entredoses, franja de guipure, y fleco de torcidillo, que se repite, escepto este último, en la manga del sobretudo, bastante ancha para que pueda pasar con facilidad la del vestido.

Para soaré es muy recomendado un vestido de seda, color pensamiento, con tres volantes guarnecidos de tiras de terciopelo del mismo color y su flequillo de torcidillo. El cuerpo forma punta por delante, y su escote lleva una berta, abierta por delante en V inversa, y con los mismos adornos que los volantes.

El albornoz que principia á decaer para las señoras es el abrigo de preferencia para las niñas: los mas elegantes son de tela de lana, blanca, con listas de colores, y el capuchon de tres puntas con su borla correspondiente.

Concluiremos este artículo con la obligada

Explicacion del pliego de Dibujos.

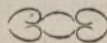
Núm. 1 y 2. Gorra de muselina: bordado á feston y la inglesa.

Núm. 3. Mitad de un *Cuello*: bordado á plumetis.

Núm. 4. *Puño*, correspondiente al cuello anterior.

Núm. 5. Dibujo para *Cortinaje*: bordado en aplicacion.

AURORA PEREZ MIRON.



EDITOR PROPIETARIO.—P. J. de la Peña.